

---

EMILIO, ANDRÉS, BIARRÉS, COMAI, EUPROPIO,  
AMONATHAS<sup>1</sup>.

Se cree que Emilio moraba en Egipto, pero de él sólo se sabe un milagro para justificar á un solitario falsamente acusado de homicida; y que hace ver que éste era gran servidor de Dios.

Pasando el abad Emilio por cierta aldea, vió á muchos hombres que habían prendido á un buen solitario á quien acusaban de haber muerto á un hombre cuyo cadáver se había encontrado en su celda. Emilio llamó á parte á este solitario y le hizo sus preguntas para saber si era verdaderamente culpable, y juzgando por sus respuestas que era inocente, pidió en donde habían puesto el muerto; fué conducido á él, y habiéndose acercado dijo al pueblo que le seguía: « Rogad, hermanos míos; » él por su parte también elevó las manos al cielo para pedir á Dios que hiciese conocer la verdad, y al mismo tiempo el muerto volvió á la vida. Entonces Emilio le dijo delante de todo el mundo: « Decidnos quien os mató » — « Yo iba, respondió, á la iglesia, y confiaba al sacerdote mi dinero para que me lo guardara: pero cuando se lo hube entregado se arrojó sobre mí y me mató; después de lo cual para ocultar su crimen, vino á echar mi cuerpo en la celda de este solitario. Os ruego, pues, que retiréis este dinero y lo hagáis enviar á mis hermanos. » — « Esto basta, dijo el abad Emilio, descansad en paz aguardando el día de la resur-

<sup>1</sup> Vit. PP. *Evagre Cotelier*, Tillemont.

rección general. » Así habiendo defendido á este hermano de aquella vil calumnia se retiró.

El abad Andrés recomendaba tres cosas á los solitarios: vivir lejos de su país, practicar la pobreza evangélica, y sufrir en silencio. Esto es cuanto sabemos de él. En el *Prado espiritual* se habla de dos abades Andrés, pero más modernos que aquél.

Tampoco estamos más instruidos sobre las virtudes de los abades Biarrés y Choma ó Comai. Biarrés habiendo sido consultado por un solitario sobre la regla que él como particular debía guardar le respondió: « Ayunad con moderación, trabajad medianamente; pero guardad la celda y permaneced en ella pacífico, y obrareis vuestra salud. » Se cuenta del abad Choma, que estando en el lecho de la muerte, hizo estas recomendaciones á sus discípulos, que estaban al rededor de él para asistirle y recibir sus últimos consejos: « Hijos míos, huid de los herejes; no ambicionéis el ser conocidos de los grandes del siglo; estad siempre más dispuestos á dar que á recibir. »

Tenemos algo más que decir del abad Euprepio. Había cultivado mucho su espíritu con la lectura, lo que demuestra que estaba en una edad madura cuando entró en el estado monástico. Consultó, desde el principio de su profesión, á un anciano del desierto sobre lo que debía hacer para santificarse en su nuevo estado, y el viejo le contestó que jamás hablase sin ser preguntado. El comprendió al momento toda la extensión de este consejo, y cuanto contenía de perfecto, y lleno de admiración al mismo tiempo que penetrado de reconocimiento, se inclinó profundamente delante del viejo y le dijo, pidiéndole perdón por no haber practicado hasta entonces una lección tan saludable: « En efecto, Padre mío, yo he leído muchos libros, pero os confieso que jamás había aprendido una máxima que me fuera tan necesaria. » Así se retiró con la intención de ponerla en práctica.

Esto se vió por los efectos ; pues llegó á tan grande desprendimiento de las cosas de la tierra, que á nada tenia apego, y se puso en estado de dar excelentes consejos á los otros después de haber practicado tan bien aquellos que él habia recibido. Dos ladrones fueron un día á su celda y le robaron todo cuanto tenia. Muy lejos de resistirse y de manifestar disgusto, él mismo les ayudó á cargarse lo que se querían llevar, y como, después que se habían ido, se apercibiera que habían olvidado un bastón, corrió detrás de ellos llevándosele.

No se debe admirar que cediera tan fácilmente aquello que tenía, pues decia que aquello que vemos en este mundo no se debe considerar más que como una materia vil, que aún muchas veces nos da ocasión para pecar ; y que así cuando perdemos alguna cosa, bien lejos de afligirnos, mas bien nos debemos regocijar y dar gracias á Dios, pues esto nos es un motivo de menos solicitud, no teniendo más necesidad de velar para guardarlo.

Recomendaba mucho la confianza en la divina Providencia. « Ya que sabéis, decia, que Dios es tan fiel como poderoso, confiad, pues, en él, y os hará partícipes de sus bienes. Pero si desconfiáis de su Providencia, esto prueba que vuestra fé es débil. » Añadía en el mismo sentido : « Nosotros creemos todos que Dios es omnipotente, y que por tanto puede cuanto quiere. Si, pues, lo creéis así, confiad en él en todo y por todo. El puede igualmente haceros sentir las maravillas de su poder, como lo ha hecho á otros. »

Un día respondió á cierto hermano que le pedía consejos, que debía considerar los alimentos, los hábitos que llevaba, la cama en que se acostaba, como si no fuera más que heno, para inspirarse en un gran menosprecio de todas las cosas ; pero que debia conservar su corazón inquebrantable y endurecerlo con las penas y trabajos, de tal

manera que llegase á ser más duro que el hierro.

Dió también este consejo á otro hermano : « Conservaos en el temor del Señor y en la humildad ; juntad las lágrimas de la compunción con el ayuno y la abstinencia. » En fin, habiéndole pedido otro hermano como podría obtener el perdón del Señor, le dijo que lo obtendría, teniendo bajos sentimientos de sí mismo, no juzgando jamás á los otros, y viviendo en el despojamiento voluntario de todas las cosas.

Había cerca de Antioquía un monasterio de Euprepio, que databa de los principios del siglo quinto ; pero Evabrio, que habla de él, no dice quien era este Euprepio. Se debe por consiguiente distinguir de este de quien acabamos de hablar.

El abad Amonatás moraba en el vecindario de Pelusia y ocupaba un lugar distinguido entre los solitarios de esta región, como se ve por lo que vamos á referir. El gobernador de Egipto fué á Pelusia, y quiso someter á los religiosos de aquel país á la capitación lo mismo que á los seglares. En vista de esto los religiosos se reunieron en la celda de Amonatás para acordar reunidos lo que debían hacer, y resolvieron deputar á alguno de entre ellos para con el emperador para que los eximiera ; pero este abad les dijo que volvieran á sus celdas, y que allí redoblaran su oración y sus ayunos durante quince dias, asegurándoles que con la gracia del Señor él solo terminaría este asunto según sus deseos.

Siguieron este consejo, y cada uno se retiró ; pero después de catorce días, viendo que él aún no habia salido de su celda, empezaron á murmurar, diciendo que habia abandonado la causa común. Fueron, pues, al día siguiente á su celda, según su convicción ; y entonces él les presentó las cartas del príncipe para su exención, y suscritas también por sus oficiales que estaban en Alejandría. Todos quedaron en extremo sorprendidos ; pero lo quedaron aún más

cuando habiéndole preguntado como las había obtenido, les dijo : « Hermanos míos, esta noche he sido trasportado al palacio del emperador, quien ha firmado este documento ; después de lo cual he venido á Alejandría, en donde he hecho suscribir á sus oficiales ; y en fin ahí lo tenéis delante de vuestros ojos. » Ellos quedaron atemorizados por una maravilla tan grande, y con muestras de veneración presentaron á Amonatás sus sentimientos de reconocimiento ; enseguida fueron á presentar éstas cartas al gobernador, quien habiéndolas encontrado bien despachadas, no se atrevió á molestarlos más.

---

#### SAN NILAMON, SAN MELAS Y OTROS SOLITARIOS DEL EGIPTO <sup>1</sup>.

El *Martirologio Romano* hace memoria de san Nilamón cuyo edificante fin relata Sozomeno, y que se puede considerar como el efecto de su sincera y profundísima humildad.

Había á dos leguas y media de Pelusia una pequeña villa llamada Geras, cerca de la cual Nilamón se había construido una pequeña celda, cuya puerta había cerrado enseguida, y en donde vivía en gran retiro. Su principal propósito, dice Sozomeno, en encerrarse así, había sido evitar que se le elevase á las santas órdenes, como sucedía algunas veces á otros solitarios. Pero á pesar del silencio que guardaba, su clausura tan rigurosa hablaba bastante en su favor y hacía que los habitantes de la villa lo respetasen

<sup>1</sup> Vit. PP. Sozomeno, Tillemont, Cotelier.

más de lo que habría deseado. A la muerte de su obispo pareció pronto la estimación que le tenían ; pues presto echaron los ojos sobre él para sucederle. Fueron, pues, á su celda con esta intención ; pero de ningún modo pudieron obtener que consintiera en ello. Mientras ellos se ocupaban en vencer su resistencia, Teófilo de Alejandría llegó de Constantinopla, y el mal tiempo le obligó á permanecer en Geras. Por los habitantes vino en conocimiento de Nilamón y de que lo habían elegido para ocupar la silla vacante, y se juntó á ellos para determinar lo á aceptar este cargo.

Nilamón opuso igualmente á sus instancias las razones que su humildad le inspiraba. En fin, como viera que el patriarca no cejaba en sus instancias, le dijo : « Os ruego, Padre mío, me déis tiempo hasta mañana, para arreglar mis cosas, y entonces haréis de mí lo que queráis. » Teófilo no se descuidó de volver al día siguiente á su celda seguido de todo el pueblo, y quiso hacer abrir su puerta que estaba amurallada ; pero Nilamón le dijo : « Si os parece bien, Padre mío, antes haremos la oración. » — « Esto es justo, le respondió Teófilo, y me parece muy bien. » Nilamón, pues, se puso á orar, y orando entregó su espíritu á Dios. Mientras tanto Teófilo, que desde afuera aguardaba que él acabase de orar, viendo que el tiempo pasaba, lo llamó muchas veces ; y como no recibiera de él respuesta alguna, ordenó que se quitasen las piedras que cubrían la obertura de la puerta, y lo encontró muerto.

Su sorpresa y la de todo el pueblo fué extrema, pero sino lo pudieron tener por obispo, lo quisieron tener por abogado para con Dios. La resistencia que había manifestado á encargarse del episcopado, no la pudieron atribuir más que á su profunda humildad ; y su muerte tan inesperada, sólo la podían atribuir á la fuerza de su oración, que le había obtenido de Dios la gracia de morir antes que ser